

Del naturalismo al idealismo en la literatura.

Que haya en Francia, no solamente en el santuario de algunas vidas privilegiadas, sino en el ambiente general del espíritu público, un verdadero renacimiento de la religión, y que este renacimiento haya en algún modo encontrado ya su expresión en las letras, en la especulación y hasta en las combinaciones de los sociólogos, cosa es que salta á la vista y que la crítica no discute. Todo lo atestigua: Francia renace á la fe. Es un hecho que la tierra de San Luis y de Calvino, de Pascal y de Lamennais, después de un largo período de esterilidad religiosa, empieza á ser entreabierta y removida en su extensión larga por el arado de Dios. Esto regocija á unos y aflige á otros, pero el hecho es indudable. Y si los raros descendientes de Voltaire se espantan, y los que tienen necesidad del estímulo religioso para preservarse de viejas servidumbres se huelgan, las almas creyentes, en cambio, ante este escalofrío que sacude la patria, dan gracias al Todopoderoso. No quiere ello decir que en medio de su

dicha no alimenten inquietud alguna; saben hasta qué punto el hombre es hábil en convertir el cielo en beneficio de sus obras egoístas para abandonar-se sin reserva á pensamientos agradables; y la historia les ha enseñado que á todo bien extremo va unido un peligro extremo, y que los asaltos vehementes á la vida son á menudo ciegos y mortales. Pero esta presciencia del peligro, lejos de aterrarnos, redoblará al contrario su audacia, pues, para ellos, como para Luis de Condé, «dulce es el peligro para Cristo y Francia».

He dicho que Francia renace á la fe. Sin embargo, este renacimiento, que parece sorprender á ciertos espíritus, no ha venido como un ladrón en la noche, furtivo, súbito, inesperado. Preparáronlo numerosos acontecimientos; anunciáronlo muchos síntomas; tuvo todo un pasado antes de imponerse á la atención pública; y bien puede afirmarse que durante los últimos treinta años la curva de su tradición es la curva misma del pensamiento y de la sensibilidad franceses. Mas, para comprender esos treinta años, y, por tanto, la hora presente, nos es necesario remontarnos más arriba.

El siglo XIX, este siglo jadeante, que, aun en las calmas que á sus revoluciones han seguido, no ha dejado de estar en gestación, terminó en la melancolía. En su origen, sus enemigos se entristecían ante su poder amenazador. Todo lo había destruído. Semejante á la yegua de Barbier, aparecía humean-

te de sangre del antiguo mundo católico y real. Su desencadenamiento sobre la tierra parecía tan vertiginoso, que visiones de milenio surgían á su aspecto en el fondo de las almas. Era Satán en persona para los unos, para Pío VI, para Gregorio XVI, para Demaistre, para Bonald, para Lamennais. Para los otros, era el anunciador de la transfiguración universal, el genio de la edad de oro. Para todos, era Dios mismo, Dios hablando y obrando entre los hombres, Dios, el Dios del bien ó el Dios del mal. Porque si Judea, en su declinar, hizo nacer el fanatismo violento y turbador de los héroes de apocalipsis, el fanatismo, ó si se prefiere, la religión de un *Bar-Cochabas*, el mundo moderno tuvo también en su aurora su misticismo de apocalipsis, una religión creadora de sacrificio y entusiasmo, la religión de la Revolución. Id ante el Arco del Triunfo, contemplad un instante la sublime *Marseillaise* de Rode, y lo comprenderéis. No cabe desconocer que Francia, durante el comienzo del siglo, permaneció fiel á sí misma y fué todavía la nación de los cruzados y de los misioneros, la hija mística de Juana de Arco, la nación apóstol.

Vino, empero, la sombría fecha de 1848. Se ha resumido con cinismo y con talento la historia del siglo último por esta frase: *un siglo fecundo en abortos*. Pues bien: el año de 1848 representa la hora del aborto supremo.

Hasta entonces la fe revolucionaria había cons-

tantemente animado á los mejores franceses. Lejos de retroceder ante sus derrotas parciales, había llevado sus ambiciones al paroxismo, imponiéndose y domeñando á sus enemigos más nobles. El Lamennais del *Essai sur l'indifference* se había trocado en el Lamennais del *Livre du peuple*. El mismo Chateaubriand, obstinado legitimista, inclinábase, al final de su vida, á la república. De política que era la revolución, habíase convertido en moral y religiosa, abrazando todo el horizonte humano y sobrehumano, destruyendo la monarquía de derecho divino para fundar el régimen constitucional, y creyendo haber destruído también la Iglesia, que se preparaba á reemplazar. «¿Quién de nosotros va á erigirse en Dios?», exclamaba Musset. Y por todas partes se ofrecían, si no dioses, al menos profetas del Dios nuevo: Lamennais y Ballanche, Quinet y Fourier, Leroux y Cousin, Saint-Simon y Comte. Cada día surgía un fundador de religión. Y como sucede, siempre que un oleaje de fondo levanta la masa, con lo sublime se mezclaba lo grotesco. Se ha visto, en el *Cabinet des Estampes*, la litografía de Courbet, que representa al apóstol Journet, antiguo carbonario, farmacéutico de Limoux, ido á París á la conquista de la armonía universal, que se creía un redentor, y de quien decía la canción del día:

*Pueblo, levanta, por fin, la cabeza,
Y ve á la fiesta,
Aurora de tu felicidad.
Dios nos es propicio:
Su justicia
Nos debía un redentor.*

La fiesta llegó, en efecto, y fué una matanza. No tengo aquí por cargo mío narrar la historia de la Segunda República, aquella gran esperanza anegada en sangre. Cincuenta años hemos sufrido y sufrimos esta bancarrota. 1848 ó, si se quiere, 1851, es la era de una nueva edad, implacable, escéptica y dura. El romanticismo murió, la idea murió, pulverizados por el *hecho*. El romanticismo generoso, pero nebuloso, soñador y apocalíptico, las pagó todas juntas. Las «viejas barbas de 1848», las pagaron también. La segunda parte del siglo se encargó de hacer expiar á la primera su iluminismo á todo trance.

Y lo peor fué que la Iglesia, á pesar de Lamartine y Lacordaire, á pesar de los *clubs* populares, en que se invocaba á «Jesús obrero», diese su bendición á esta nueva edad de bronce: ¡tanto se ensombreció la religión en los supervivientes de la época ideal! Por el breve espacio de dos años, el alma, en Francia, quedó muerta. El país, desilusionado de sus sueños, despertó burgués. Ahora es realista y se vanagloria de ello. Cierta que sus artistas tienen un ideal (el arte no pasa de ser un ideal), pero

este ideal no atañe más que á la forma: testigos, Flaubert y Lecomte de Lisle, el naturalismo y el Parnaso. Los filósofos también tienen un ideal (porque la ciencia ha nacido y la ciencia cree poder crear su religión, como intenta probarlo Renan en *L'avenir de la science*), pero este ideal se reduce á discernir los hechos y convertirlos en fórmulas que tienen fines prácticos. Este nuevo mundo pertenece á los financieros y á los fisiólogos. Sólo lo exterior interesa. El espíritu no es más que una vana eflorescencia. El hombre es simplemente una bestia, un mamífero bípedo. La fatalidad gobierna. El toque está, si se es filósofo, en buscar las leyes de esta fatalidad, y si se es artista, en describir su reinado. Los tiempos son abrumadores y políticos. Los pensamientos, como los tordos pesados y gruesos, al fin de la vendimia, vuelan á ras de tierra. Se come, se bebe, se hacen negocios y experiencias de laboratorio. Nadie piensa que el cielo está arriba, como siempre, como ayer, como mañana, mirando á la tierra.

Sin embargo, los dioses del día, Taine y Renan, son espíritus distinguidos. Comprenden muy bien la belleza y utilidad de los antiguos poderes espirituales. Tienen, para cantarlos (sobre todo el segundo), palabras suaves y hechiceras, donde podría muy bien sentirse cierta nostalgia. Llegará un día, el siguiente de nuestras derrotas, en que se lamentarán, y muy sinceramente, de que esas fuerzas

se hayan perdido. Es cierto que no creen en nada ni esperan nada. Todo su esfuerzo va á comprobarlo, Pasan su vida haciendo procesos verbales de comprobación en el pasado como en el presente. Son historiadores, hacen entomología humana. ¡Oh, yo bien sé que la fantasía de Renan se complace en las épocas oscuras y casi místicas, y que le gusta hacerse la ilusión de creer, sobre todo, en el orden religioso! Pero ¿qué es eso más que el delicado sensualismo del levita exclaustado que vuelve á su incienso y á sus cirios para soñar un poco? El hecho es que estos hombres son para el ser é ignoran el deber ser. Son estoicos, cada uno á su manera: uno con paciencia y decisión; otro con toda suerte de reminiscencias sagradas y de palinodias sonrientes, medio arrepentimientos, medio esperanzas. Estoicos, pero estériles, porque no piensan más que en los hechos, y las palabras de orden creadoras no se sacan de los hechos, sino de un plano más alto ó más profundo.

¿No os parece que hay algo de asombroso y hasta de horroroso en la calma de estos dos hombres típicos? No ignoro que el uno se ha reservado el mundo del sueño, y que en cierto sentido, el sueño, aun puramente estético, puede ser, para ciertas naturalezas poco vivas, una especie de sustituto de Dios. Pero todavía necesitase ser engañado por el sueño, y no era éste el caso de Renan. Es verdad, que entre la época frenéticamente creyente que los

precede, y la otra, inquieta, lastimosamente inquieta, que les sigue, estos dos hombres plácidos, todo finura é inteligencia, hacen figura de olímpicos. Pero el Olimpo aquí no es grandioso. El Olimpo es de Luciano ó Hesiodo, no de Homero. Pero realiza casi á la perfección el tipo del artista filósofo (especie de superhombre ante la letra que lo gobierna todo y no está dominada por nada), que Wagner ha concebido en su *Política á Luis de Baviera*. Están por encima de todos los prejuicios, de todas las pasiones, de todos los amores. Les agrada, pues, saber; les gusta contemplar el espectáculo de la vida; encuentran un encanto poderoso en descubrir los hilos ocultos que hacen moverse á los hombres. Uno se pone delante de las sociedades, como un naturalista delante de hormigas que hablasen y á quienes se pudiera confesar. El otro, deslastrado de este último resto de seriedad, dirige desde lo alto una mirada irónica sobre su agitación ilusoria, y sonrío con indulgencia. Sí, espectadores, espectadores únicamente, espectadores infinitamente sabios, pero actores, jamás. Para ser actor, entiéndase actor en la acción humana, es preciso creer, por poco que sea y cualquier cosa que sea; pero es preciso creer á todo trance; es preciso tener una razón para correr el gran peligro, una letra sobre que arriesgarlo todo. Son, de puro sabios, gentes que no están engañadas, que se contemplan y se reservan; prácticamente, especies de mons-

truos. Si el día llega, acaso haya llegado ya, en que tal actitud ante la vida sea tachada de monstruosidad.

Tales son los maestros de la segunda parte del siglo. Leed á Saint-Beuve, á Proudhon, á Stendhal, á Balzac, al mismo Tocqueville, y comprobareis todos las características de Taine y de Renan: la fe religiosa extinguida, el cuidado exclusivo del hecho, la convicción (heredada de Hegel), de que «es quien tiene derecho á ser», el furor de inventariar el pasado, el prurito de ver claro en él, una gran sabiduría práctica, un horror profundo á todos los iluminismos, y particularmente al iluminismo revolucionario, la curiosidad científica y la curiosidad psicológica ocupando lugar de imperativo, y por encima de todo ello un contentamiento sin alegría y sin lirismo: la calma.

Pasando al tercer período, entramos en otro mundo. Allí reina el cerebro; aquí el corazón. Y este corazón está extrañamente dolorido. Es verdad que estos olímpicos de pie pequeño no han nacido de las olimpiadas, sino de los hombres. Pero tomemos de más cerca los acontecimientos, porque estamos en plena época contemporánea, y anotemos, ante todo, los datos esenciales. En 1882 aparecía *Le roman naturaliste* de Brunetière. Es la primera luz del alba. Con veinte años de intervalo, las conclusiones de este libro responden á las de la *Littérature anglaise*, de Taine, para negarlas. Éstas cons-

tituían la teoría estética del naturalismo, y seis años después, su primera obra maestra, *Madame Bovary*, fué su justificación; aquéllas eran únicamente el balance del naturalismo y la profecía de su ruina. El acontecimiento siguió de cerca á la profecía. Zola, llevando á los extremos la fórmula de Flaubert, de Maupassant y de los Goncourt, se deslizó en la grosería y el cientificismo. Su tropa está á punto de disolverse; sus lugartenientes, Margueritte y Rod, no aguardan más que una ocasión de desertar, y muy pronto Loti y Bourget acelerarán el desastre. Muy particularmente Rod había escrito sus primeras novelas: *Palmire Veillard*, *Côte à Côte* y *La femme de Henri Vanneau*, según las fórmulas de Medan; empero, poco después, no quería ni aun que se le recordase sus títulos.

Cuatro años después de *Le roman naturaliste*, en 1886, aparece *Le roman russe*, del Vizconde de Vogüé. En 1810, Madame de Stael había revelado la Alemania intelectual á la Francia. Esta vez se levanta otro telón más suntuoso, y la Rusia, con sus sueños, su piedad evangélica, sus «remordimientos» de conciencia y sus melancolías, aparece á nuestra nación, ya repuesta de las indigestiones naturalistas. Fué aquéllo un triunfo. Tres años después, el autor tenía cuarenta años y entraba en la Academia Francesa.

¿Qué era en el fondo este libro, aparte su erudición? Era, ante todo, para muchos franceses, el

romanticismo hallado de nuevo, la terminación del paréntesis realista, el mundo del sentimiento y la vida profunda reconquistados. Pero ¿qué era en sí mismo? Ante todo, era el grito de un hombre (y este hombre era legión en el país) que se ahogaba, que suspiraba por la poesía y la fe. Y era también (rompiendo el silencio de esta edad triste) una palabra de esperanza, la palabra de un hidalgo de la antigua Francia que daba confianza á la Francia nueva. «Nuestra querida Francia nueva (escribía un poco más tarde, en 1889, en sus *Remarques sur l'Exposition du Centenaire*), nuestra querida Francia nueva no nos es menos querida que nuestra querida Francia monárquica.» Porque *Le roman russe* (como en adelante la mayor parte de las obras literarias, hasta las de los supervivientes del naturalismo) no es meramente un libro sabio y documentado ó meramente un trabajo de arte: es la activa expresión de un alma. Un hombre habla en él á hombres. Un hombre nos dice en él sus temores, por ejemplo, que tiene miedo de que el análisis puramente intelectual y sin freno, sin voluntad de construcción, nos haga «impropios para obras de vida». Un hombre está en él que cree en el sentimiento, en la intuición, en «la razón de debajo» y que quiere dar gusto á sus contemporáneos. Y se comprende en su acento, á la vez directo y lírico, que arde por arrojarle á la pelea. Sabida es la continuación de esta historia y que du-

rante diez años (hasta su decepción parlamentaria que le separó intrépidamente de lo que llamaba «la secular y lamentable procesión de los emigrados al interior») no ha dejado pasar una ocasión sin defender el idealismo en nombre de la salvación de la patria.

Pero los acontecimientos se precipitaron. *Le roman russe* es de 1886. *Le Disciple* de Bourget es de 1889. Es esta una fecha importante. Algunos de nosotros, en la primavera última, hemos quedado sorprendidos ante el prefacio de Wysewa á la reciente edición de *Le disciple*, prefacio que ha aparecido primero en *Foi et Vie* y en que el autor revela la emoción extraordinaria que este libro había suscitado entre los hombres de su tiempo. Según él, era el libro de la generación, el documento del alma nueva, el preludio de otra edad. Giraud, en el artículo *Du marbre pour Brunetière* (publicado en la *Revue Française* del 12 de Noviembre de 1911), decía: «En esta sazón leí *Le Disciple*, que acababa de aparecer, y que fué para mí, como para varios jóvenes de mi generación, un libro decisivo, un verdadero acontecimiento moral.» Se comprende. Si no conociésemos la probidad de aquel escritor, casi le habríamos acusado de preparar por este elogio desmedido su elección á la Academia Francesa. Pues bien: el elogio no era exagerado. Y si este libro nos parece ya lejano y extraño, es que nos separan veinte años de su aparición, y en este intervalo la

atmósfera intelectual se ha transformado por completo. En efecto, en 1889, Taine y Renan vivían todavía. Tenían discípulos apasionados, parecían ser los regentes de la opinión. ¿Y cuál era el dogma de estos hombres, si es que tenían alguno? No lo era el de que «la ciencia está á mil leguas de la vida activa, que ha llegado al fin y que nada tiene que saber y pretender desde que ha sabido la verdad», en una palabra, que la ciencia es todo, que sobrepuja á la moral y que es absolutamente irresponsable.

Precisamente *Le Disciple* era, en intención y de hecho, la negación enérgica de este dogma. El héroe de esta novela Roberto Greslon, el discípulo del sabio Adriano Sixto (léase Taine) es introducido en la vida práctica sin la menor norma. Para él, como para su maestro, el todo es ver, analizar, experimentar. Y experimenta: lo que lo lleva á conducirse como un bribón ó un granuja. El hermano de su víctima, una joven noble, lo derriba de un tiro. Adriano Sixto entrevé entonces que tal vez la ciencia no basta á todo y que las teorías, hasta las más sinceras, podrán no ser irresponsables, pero llevadas á la práctica pueden ser punibles. «Por primera vez (dice Bourget), sintiendo su pensamiento imponente para sostener este análisis casi inhumano, á fuerza de lógica, se humillaba, se inclinaba, se abismaba ante el misterio impenetrable del destino.» Un «orden» nuevo se ofrecía repentinamente

á su alma desamparada. «Las palabras de la única oración que recordaba de su lejana infancia: *Padre nuestro que estás en los cielos*, volvían á su corazón. Cierto que no las pronunció. Tal vez no las pronunciaría jamás.»

Bourget contradice por esta novela el gran prejuicio de la época. Del mismo modo que *Madame Bovary*, treinta y dos años antes, había denunciado el peligro del romanticismo, mostrando en una historia vulgar de provincia aquella inmoralidad, aquella mezquina decadencia á que podía conducir la imitación del lirismo desenfrenado de los maestros, del mismo modo *Le Disciple* ponía en evidencia el terrible efecto social del nuevo dogma, el dogma de la ciencia impasible y única reina, declarando explícitamente que ella sola es impotente para guiar la vida. Esto equivalía á proclamar, antes de Brunetière y para todos aquellos que habían exagerado el alcance de la ciencia, lo falible de esta ciencia en el orden moral. Por lo demás, nadie se engañó en esto. Vivas polémicas se empeñaron bien pronto entre los partidarios de Taine y los de Bourget. Y mientras que según la frase de Lemaitre, este libro «daba de mano á todo el siglo xviii que Anatole France tenía en la sangre», revelaba, por el contrario, en el positivista y darwinista Brunetière, la existencia no sospechada de un «cristiano de deseo». *Le Disciple* tuvo una influencia decisiva. Taine mismo escribía después

de haberlo leído: «Mi generación ha acabado.» Y era verdad.

Al año siguiente (1890), los *Études sur le XVIII^e siècle* de Faguet, levantaron también tempestades. El autor, á la verdad, trataba muy mal al siglo de los enciclopedistas. «Siglo niño (decía), que se ha atrevido á romper por ligereza de corazón con cinco ó seis siglos de civilización y de cultura nacional.» En cuanto á sus filósofos, les lanzaba este apóstrofe: «Decir: la historia, la realidad terrestre, es atroz, á partir del Cristo; conviene que cese para nosotros y nos es útil que para los humildes continúe, ¡he aquí algo monstruoso!» Muy claro se ve que este rasgo respondía al más saliente de Renan. Los discípulos del dulce bretón se emocionaron. Y Faguet, lúcido Poitevin, que por cierto es poco religioso y clerical, y que tiene una gran dosis de buen sentido, fué acusado de clericalismo por la pandilla «holbáchica y renaniana».

Esto no era ya el crepúsculo indeciso. La mañana había llegado. Los años siguientes, 1891 y 1892, nos hacen asistir á un levantamiento de broqueles contra la pseudociencia desdeñosa é impasible, contra el amoralismo de los intelectuales y la corrupción del amoralismo, y el diletantismo sonriente, que lo acepta todo, sin tomar nada en serio, que acepta hasta la fe como una nueva elegancia y la decadencia como una especie rara, en suma, que no niega nada ni cree en nada. La reacción es ge-

neral, y Barrés mismo, el más atacado por el mal reinante, protestó á su manera. En cierto sentido, su primer libro *Sous l'oeil des barbares* es una sátira del siglo. «Este siglo delicado y soñoliento, dice, en que los soñadores de gestos dulces, con benevolencia sufren una vida apenas viva, se ha separado de los reformadores y de otras almas bellas, á semejanza de esos voluptuosos estériles que gesticulan en las encrucijadas, y abandonando todos los himnos, ignoran todos los mártires.» Y nos ofrece en espectáculo á su héroe, «suprema flor de todas estas culturas, heredero de tal sabiduría, tendido en el suelo, bostezando». Siéntese que Barrés se enerva y quiere otra cosa.

Todo el mundo quiere otra cosa. Las razones de vivir de los maestros no bastan ya á los discípulos. Pesada angustia les oprime. Experimentan ese no sé qué indefinible, esa «opresión de lo sobrenatural», que Loti, el verdadero poeta de este tiempo, mejor aún que Verlaine y Sully-Proudhomme, no ha dejado de cantar en el curso de su bella obra nostálgica. Porque este teniente de navío, á quien muchos consideran como alma escandalosamente complicada, cuando en el fondo es noblemente ingenuo y sencillo; este protestante desencantado, que, según su propia confesión, hubiera podido ser un gran místico, domina toda nuestra época desde la altura de su melancolía. Pero ¿qué digo? ¿No es nuestra época misma á quien llora,

nuestra época á quien sus maestros han dado piedras en vez de pan? Ellos le han dicho que el hombre no es nada, nada más que un accidente fugitivo entre el universal flujo sin fin, sin causa y sin alma. Y sin embargo, esta «nada» sufre y sabe que morirá. Sufre y quiere ser consolado. Como Villon, como Pascal, como Bossuet, como todos aquellos que han tenido un corazón para sentir y para amar, se rebela contra «el gran misterio de terror». Sufre. Querría creer. Sabe muy bien, puesto que ha bebido todo el horror de la gran nada, que fuera de la fe no hay nada, que «sin Dios, sin esta cruz, sin esta promesa que alumbrá el mundo, todo ello no es más que una agitación vana en la noche, movimiento de larvas en marcha hacia la muerte». También Loti (ó la época, como se quiere), que aprendió de Taine y de Renan que todo es ilusión, pero que no tiene «la implacable serenidad de corazón» de sus maestros, trata de despertar en el fondo de sí mismo «las antiguas esperanzas muertas». ¡Sobre todo, que no se ataque á Cristo delante de él! ¡Cómo desprecia á «esos librepensadores indómitos que babeaban ineptias ateas sobre todas las cosas santas de antes!» «¡Oh, Cristo!, exclama, ¡oh, Cristo de aquellos que lloran! ¡Oh, Virgen tranquila y blanca! ¡Oh, todos los mitos adorables, que nada reemplazará!» No, él no pertenece á «esa multitud que desdeña á Cristo ó le olvida», porque sabe muy bien que, destrozados los dioses y aleja-

do Cristo de la humanidad, nada brillará en nuestro abismo ni milagro alguno vendrá á encantar las horas de sufrimiento y de muerte... Razón tenemos para amar á Loti, porque representa y simboliza el alma de nuestra época, que maldice el espíritu de sus maestros, pero sin poder destruirlo, sufriendolo y maldiciéndolo á la vez, como un vicio malo.

Sin embargo, los días de la liberación están próximos. Toda la generación sufrirá en las proximidades de 1891 por un ideal y para ponerse al servicio de un ideal. Bastante tiempo ha estado cruzada de brazos, contemplando pasivamente el paso ilusorio de los fenómenos. Ahora quiere obrar, quiere creer. Fuera de esto y aun en esto mismo, no le preguntéis lo que va á hacer y creer, porque lo ignora. Sabe solamente que no se ha excedido al jugar á los Taine y á los Renan. Se ha apoderado de ella una especie de comezón. Sus músculos y su voluntad, demasiado descansados, reclaman ejercicio, cualquiera que éste sea. Está enferma de inacción. Es el prisionero que de repente desea pulverizar sus barrotes.

El tipo por excelencia de esta nueva disposición es Desjardins, el autor de *Le devoir présent*, un libro curioso y engañoso en lo posible, y sin embargo, admirable. Representaos una carga á fondo contra el dilettantismo escrito por una de las víctimas del dilettantismo en su estilo, que es el fin del fin de

refinamiento dilettanti. No se pone, en modo alguno, en tela de juicio, lo esencial de la razón misma del debate: la renunciación directa y clara de *un* deber que llenar. Pero si esta obra no nos da la palabra de orden, en cambio nos obliga á admirar la más ingenua, la más mística apología de la acción que jamás se haya escrito. Ya en 1889 Desjardins, en sus *Esquisses et Impressions*, pasando de la ironía sutil á no sé qué evangelismo cándido, escribía: «Sabadlo: algo no dogmático y seguro, sino fundado en la caridad, va á salir de las contradicciones en que este tiempo se agita. No se le entrevé aún. El mundo ha vuelto al punto en que lo encontró antiguamente el cristianismo naciente... El mismo disgusto de lo real; la misma sed de milagros; la misma necesidad de unanimidad tierna.» Aquí la acción parece bastarse á sí misma. Después de la ciencia por la ciencia del naturalismo, después del arte por el arte de los parnasianos, ved aquí la acción por la acción. «Respetemos el misterio del porvenir... Una vez más respetemos el misterio de nuestra creación futura; no tratemos de saber demasiado; saber antes de hacer es nuestra mala tentación; no nos ocupemos más que de ser hombres de buena voluntad.» Por lo demás, como se había leído mucho á George Eliot, Tolstoï, Dostoïwski é Ibsen (traducidos hacía poco al francés), este libro pareció claro. Se veía en él una incitación vehemente á «ir al pueblo», y algunos fue-